



Man on Path in Country (Hombre en un camino en el campo) de Thomas Duckworth.

260 CAMINOS



Thomas Duckworth/Images.com



alió del sol. Salió del pinar. Era un hombre grande. Llevaba una carga grande. Alguien lo vio. Pronto lo supieron todos. Ese hombre fue el foco de todas las miradas. Todos especulando: ¿quién será? ¿a qué vendrá?

Conforme se iba acercando por el camino caluroso y polvoriento se iba revelando. Vieron que era un tipo vaquero como en las películas. Sombrero alto y blanco, terciado hacia un lado, por el sol, por el calor. Cotón y pantalón de lona azul, blanquizca por el tiempo y el abuso. Botas de tacón alto. Espuelas chapadas de plata. Las rodajas¹ dejaban sus huellecillas y su tintineo en la capa de polvo del camino. En su lado derecho, en el sitio adecuado, llevaba un pistolón de miedo. Era un americano.

A veces tropezaba. Se le torcía el tobillo. Esas botas de tacones altos no se hicieron para andar. Los hombres de a caballo no nacieron para andar. Se enderezaba y seguía tercamente su camino.

Ya de lejos don Prudencio había analizado la situación. Les dijo a sus hijos que este americano tenía que ser un ladrón o matón, o ambos. Un hombre desesperado y peligroso. Hay que darle todo lo que pida. Si no se lo damos, él se lo va a robar, acaso va a herir o a matar a alguien. «Además», les dijo, «tendremos un enemigo para toda la vida».

Al fin llegó el extranjero hasta el portal de la casa. Allí estaban don Prudencio y sus hijos esperándolo. Alrededor, los peones² mirando y esperando. Las mujeres detrás de las cortinas. Todos llenos de curiosidad.

Dejó caer su carga. Era su montura. Dijo que se llamaba Dan Kraven, que se le había roto

1. rodajas: estrellas de las espuelas.

2. peones: trabajadores de campo o de rancho.

ADUÉNATE DE ESTAS PALABRAS
especulando, de especular v.: reflexionar, desarrollar
opiniones e ideas acerca de algo.

una pierna a su caballo y había tenido que matarlo. Tenía sed y hambre. Don Prudencio no hablaba inglés pero sus hijos sí.

Tenía unos ojos azules como el hielo. Tenía una mirada como un rayo azul helado que penetraba y quemaba los ojos de los demás. Una mirada que retaba, amenazaba y desconfiaba a la misma vez.

Venía molido. En todo se le notaba. El cansancio, el hambre y la sed hablan a gritos. Sus gritos silenciosos subían al cielo y aturdían a todos.

Mi tío Victoriano llevó al extranjero al zaguán. Allí en el fresco había una tina llena de agua con un bloque de hielo. Le dio un jumate de calabaza³ lleno de agua helada. Esa agua debió ser agua bendita, el agua de la salvación para ese señor en ese momento. Primero tomó pequeños sorbos. Los detuvo un momento en la boca. Luego se los tragó. Lento y solemne como si aquello fuera algún rito misterioso, casi como si estuviera tomando una extraña comunión. Después tomó largos y hondos sorbos. De inmediato pareció restituido. Parecía milagro. Todos tenían la extraña sensación de que habían presenciado un acto un tanto religioso.

No se le llevó al fuerte donde vivían los peones. Se le dio una habitación de la casa. Le llevaron agua para que se bañara y ropa limpia.

Quién sabe por qué no se le invitó a comer con la familia. Se le llevaba de comer a su cuarto tres veces al día. Quizás sería porque mi abuelo decidió que el comer juntos resultaría demasiado bochornoso para la familia y para él. La verdad es que Dan Kraven estuvo perfectamente satisfecho con el arreglo.

Claro que esta visita dio mucho que hablar a todos. En un lugar donde nunca pasa nada extraordinario esto fue un verdadero acontecimiento. ¿Quién sería? ¿De dónde vendría? ¿Qué anda haciendo aquí? No había gringos por allí. Todos los ranchos del Río de Las Nutrias pertenecían a la familia. Los gringos más cercanos estaban muy

3. Jumate de calabaza: cáscara dura de una calabaza.

lejos, más allá de Las Tapiecitas, por allá por La Laguna Hedionda. A lo mejor viene perseguido por la ley o por enemigos.

No hubo contestación a las interrogaciones. Dan Kraven no decía nada. No es que no hablara español. Parecía que no hablaba inglés. Hablaba solamente lo indispensable, y cuando era posible, en monosílabos.

Era silencioso y solitario. O no salía de su cuarto, o se paseaba solo por los campos. A veces se le veía revisando los corrales y las caballerizas. Cuando no podía evitarlo, y se encontraba con alguien, siempre saludaba con seriedad y serena cortesía. Se tocaba el ala del sombrero y decía «Howdy» a los hombres y «Ma'am» a las mujeres sin detener el paso. Sólo con mi abuela se detenía, se quitaba el sombrero, hacía una pequeña reverencia y le decía, «Miss Filomena, Ma'am». Se puede ver que de hablador no le iba a acusar nadie.

A mi tío Victoriano le decía «Victor», a mi tío Juan, «Johnny». A mi padre, que se llamaba Sabiniano, lo llamó «Sabine». De esto último se dedujo que Dan venía de Texas donde hay un río que se llama Sabine. El nombre se le pegó a mi padre, y cuando yo nací me lo dio a mí.

Mi padre tendría entonces unos ocho años. Era el más joven de sus hermanos. Él fue el que más se le acercó a Dan Kraven. Quién sabe por qué. Tal vez porque en su inocencia los niños son más atrevidos. Quizás porque todos quieren a los niños, hasta los matones. O, aquí está el misterio, acaso Dan Kraven se acordaba

ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

retaba, de retar v.: desafiar.

molido, -da adj.: cansado.

aturdían, de aturdir v.: turbar, molestar la quietud y calma de alguien.

zaguán m.: entrada de una casa.

rito m.: ceremonia, costumbre.

restituido, -da adj.: repuesto, restablecido.

indispensable adj.: necesario, algo de lo que no se puede prescindir.

dedujo, de deducir v.: inferir, sacar conclusiones.

de un hermanito, o un hijo. Nadie sabe. La verdad es que el misterioso forastero tomaba al niño de la mano y se iban los dos solos en largos paseos por el bosque o por los campos. Paseos silenciosos o de muy pocas palabras. El niño no hablaba porque no sabía qué decir, estando perfectamente satisfecho al lado del alto y misterioso *cowboy*. Él no decía nada porque no quería. La conversación no hacía falta.

Dan Kraven se estuvo en la casa de don Prudencio como una semana. Descansó bien. Se repuso bien. Pero... había en él un extraño cansancio del que no descansaría nunca, del que no se repondría jamás. Era como una desilusión intensa y profunda. Era como si la vida fuera una carga larga y pesada. Era como si no le importara si vivía o no. Creo que allí se encontraba el peligro y el terror que emanaba de este hombre. El que ha perdido las ilusiones y las esperanzas, que no tiene ganas de vivir y no le tiene miedo a la muerte, es el hombre más peligroso. ¿Qué tiene que perder? ¿Qué tiene que ganar?

Hubo momentos en que casi habló. Hubo momentos en que casi se sonrió. Hasta llegaron los de la casa a ver por un instante el hielo de sus ojos deshacerse, el rayo azul de su mirada helada deshacerse. Pero estas fueron chispas fugaces que se apagaban en cuanto nacían. Pronto volvía el americano a su postura insulada y solitaria. Es posible que si se hubiera quedado más, los de la casa lo hubieran visto reír algún día.

Un día fue a buscar a don Prudencio. Por medio de mi tío Victoriano le agradeció todas sus cortesías y le pidió un caballo. Mi abuelo hizo reunir la caballada en el corral. Le dijo a Dan que escogiera. Dan escogió un precioso caballo prieto con las patas blancas. Mi tío Victoriano quiso protestar. Era el suyo. Se llamaba Moro. Mi abuelo lo silenció con una mirada.

Dan Kraven montó en su caballo prieto. Toda la familia y los peones salieron a decirle adiós. Había nacido un extraño cariño por este

hombre de la profunda tristeza y de la tremenda pistola. Dijeron algunos que había lágrimas en los ojos de Dan aunque nadie estuvo seguro. Todos le agitaban la mano y le decían «Vaya con Dios», «Adiós», «Vuelva». Él alzó la mano y les dio un saludo casi militar. Y sin decir palabra se fue.

Se fue por donde vino. Por el mismo polvoriento camino. Entró en el pinar. Entró en el sol y desapareció para siempre. Nadie lo volvería a ver. Todos preguntaban en todas partes. Nadie tuvo nunca noticias de un hombre con el nombre de Dan Kraven.

Pasó el tiempo como siempre pasa. No sé cuánto y no me importa. Todos guardaban sus memorias del hombre que un día salió del sol y otro día volvió al sol de donde vino. Era ya todo como si fuera un cuento, una fantasía o un invento. Se hablaba en la casa de él con frecuencia y con cariño, y se preguntaban si algún día volvería.

Una mañana, bien temprano, antes de que la familia se levantara, vino Juan Maés, el caporal,⁴ a dar golpes a la puerta. «¡Don Prudencio, don Prudencio, venga al corral ahora mismo!»

Todos, mayores, niños, peones, van corriendo al corral. Allí estaba el caballo palomino más hermoso que nadie había visto, con una buena silla nueva, con un freno⁵ chapado de plata y una pechera con conchas de plata.

Mi abuelo se acercó. De la teja de la silla colgaba una correa con estas palabras grabadas, «Para don Prudencio, con eterno agradecimiento». En el mantón⁶ de Manila

4. **caporal**: capataz, persona que tiene a su disposición muchos peones.

5. **freno**: instrumento de hierro que se mete en la boca del caballo para dirigirlo.

6. **mantón**: pañuelo grande que sirve de adorno y que se echa generalmente sobre los hombros.

ADUÉNATE DE ESTAS PALABRAS

emanaba, de emanar v.: salir o desprenderse de un cuerpo.

fugaz adj.: que desaparece en seguida, de muy poca duración.

había una etiqueta que decía, «Para doña Filomena, con todo respeto». En las espuelas decía, «Para Sabine cuando sea hombre y para que no me olvide». En ninguna parte aparecía el nombre de Dan Kraven. No hacía falta. A él no lo vio nadie. Ni lo volvieron a ver.

Otra vez pasó el tiempo. Nací yo, y nacieron mis primos. Todos oímos una y otra vez la historia de Dan Kraven. Todos vimos que el caballo favorito de mi tío Víctor era un hermoso palomino que se llamaba Moro. Todos vimos que en la sala de mi abuela Filomena, donde no entraba nadie, había un colorido mantón de Manila sobre el sofá. Mi padre en días de trabajo llevaba botas viejas con espuelas chapadas de plata. En días de feria y de fiesta llevaba las mismas espuelas con botas nuevas.

Una visita accidental de un hombre raro y fenomenal enriqueció y afectó la vida sentimental de una familia fronteriza y colonial.

CONOCE AL ESCRITOR

«El forastero gentil», al igual que muchos otros de los cuentos de Sabine R. Ulibarrí (1919–2003), combinan los hechos y la fantasía de la memoria infantil con las leyendas y tradiciones locales. Las primeras dos colecciones de cuentos escritos por Ulibarrí, *Tierra Amarilla* (1964) y *Mi abuela fumaba puros* (1977), presentan la nostalgia por el pueblo norteño de Nuevo México en el cual el autor se crió. Como es de esperar, el propósito que pretende Ulibarrí con su narrativa es el de preservar la antigua cultura hispana que se ve amenazada por los cambios sociales y culturales.

Ulibarrí nació en Santa Fe y se crió en Tierra Amarilla. Cursó sus estudios en la Universidad de Nuevo México antes de ingresar en el *U.S. Army Air Corps* durante la Segunda Guerra Mundial. Se le concedió el *Distinguished Flying Cross* por haber

Vivió ese hombre en los recuerdos de todos los que lo conocieron hasta que todos murieron.

Aquí estoy yo, que no lo conocí, con el nombre que él me dio con todo orgullo. Aquí estoy yo, que no lo conocí, escribiendo su historia, la historia de un hombre que acaso no tuvo nombre, y que por cierto no tiene cuerpo, para que el mundo, o por lo menos mi gente, conozca su gentileza quieta, callada y silenciosa. Escribo tus memorias, que son las de mi familia y también las mías, Dan Kraven, para que todo el mundo sepa. Quiero que todos sepan que allá en un tiempo hispánico, en un rincón hispánico en un Nuevo México de habla española hubo un gringo gentil, agradecido y generoso. Mi silencioso y misterioso caballero andante, no digas nada. Yo lo digo por ti.

7. **caballero andante:** personaje de las novelas de caballería medievales. El caballero andante cabalgaba por el mundo en busca de aventuras.



llevado a cabo treinta y cinco misiones de combate. Al regresar de la guerra, Ulibarrí hizo sus estudios de postgrado en la Universidad de Nuevo México, y en la Universidad de California en Los Ángeles. Por muchos años enseñó en la Universidad de Nuevo México, de donde se jubiló al final de su carrera.

Ulibarrí escribió varias colecciones de cuentos y publicó dos poemarios. Su obra le mereció renombre dentro de la literatura y la cultura méxicoamericanas y en 1989 le otorgaron el *Hispanic Heritage Award*.